

Carlos París (1925-2014). Filósofo y maestro de filósofos¹
Carlos París (1925-2014). Philosopher and master of philosophers

José Luis Mora
 Profesor Emérito UAM

Resumen: Este artículo es una aproximación bio-bibliográfica, cálida, a la trayectoria investigadora y docente de Carlos París, que destaca su pensamiento educativo y la proyección social que otorgaba a la práctica de la filosofía y su docencia. El artículo aspira a llamar la atención de los estudiantes sobre la trayectoria personal y sobre la obra de este filósofo y maestro de filósofos, que tan honda huella ha dejado en las tres universidades en las que ejerció como catedrático.

Palabras clave: Carlos París, Filosofía española siglo XX, Universidad Autónoma de Madrid, Filosofía de la educación, Generación de catedráticos de Posguerra.

Abstract: This article is a warm, bio-bibliographical overview of Carlos París's research and teaching career, highlighting his educational thinking and the social impact he had on the practice of philosophy and its teaching. The article aims to draw students' attention to the personal career and work of this philosopher and teacher of philosophers, who left such a deep mark on the three universities where he served as a professor.

Keywords: Carlos París, 20th-century Spanish philosophy, Autonomous University of Madrid, Philosophy of Education, Generation of "Post-war professors".

Celebrábamos, el pasado 11 de marzo del año en que se cumple el centenario del nacimiento de Carlos París (1925-2025), una sesión con las intervenciones de Marta Nogueroles, Diego Núñez, Javier Ordóñez, José Jiménez y Juan Carlos Gimeno, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, cuyos cimientos contribuyó a poner Carlos París con el grupo fundador, presidido por Luis Sánchez Agesta, en 1968 y años siguientes y en la que cumplió sus días como profesor. Difícil encontrar un calificativo que mejor defina la trayectoria de su labor filosófica.

¹ Estas páginas son deudoras de la generosidad y profesionalidad de los directores de los archivos generales de las tres universidades a las que perteneció Carlos París: Universidad de Santiago de Compostela, Universidad de Valencia y Universidad Autónoma de Madrid. Asimismo, a sus hijos, herederos que han donado el legado de su padre a la Universidad Autónoma de Madrid.

Se inició en la entonces llamada Universidad Central, en sus años de formación y primera actividad como profesor; los que ejerció ya como catedrático en la Universidad de Santiago de Compostela y, más adelante, en la Universidad de Valencia. Continuaron en su regreso a la nueva universidad madrileña en la que ejerció durante algo más de tres décadas en el campus llamado Cantoblanco, ya como profesor maduro con una contribución muy destacada en años tan importantes en la historia de España. Fueron los años de construcción de un Estado democrático que exigía la renovación profunda de la filosofía, recuperando los pasos dados en el primer tercio del siglo y esas herencias que permanecieron en niveles soterrados de la sociedad española en los años posteriores a la guerra civil. Había de hacerse una compleja recepción de estas herencias, a la que había que sumar la que había viajado en los barcos que cruzaron el Atlántico con figuras relevantes.

Efectivamente, Carlos París ha sido plenamente un filósofo y en esa misma medida, maestro de filósofos. En aquella dualidad que Dionisio Ridruejo calificó como la de excluyentes y comprensivos había que navegar con brújula, buenos conocimientos y cierto realismo para que nada importante quedara fuera si necesario era en la nueva realidad cultural y política que comenzaba casi al tiempo que nacía la Universidad Autónoma de Madrid. Sin duda, la figura de Carlos París ha desempeñado una labor singular en este proceso, no fácil de calificar en pocas palabras sin riesgo de caer en simplificaciones. Mas sabemos que la complejidad, la pluralidad de claves que manejó y su apuesta por la reflexión y por la acción buscaban estar dotadas de una coherencia interna que excluyera no solo el diletantismo sino cualquier forma de eclecticismo, entendido este término no en su dimensión técnica según ha marcado la historia sino en la más vulgar que se aplica a quienes no toman postura comprometida ni en el ámbito epistemológico ni en el moral.

Era nuestro interés sumarnos a quienes han dedicado estudios a su persona y a su obra, recogidos en el monográfico que le dedicó la revista *Anthropos* (1987, nº 77), o las ponencias que conforman el volumen *Ciencia, Técnica y Cultura. Homenaje a la figura y la obra de Carlos París*² o estudios breves pero muy ajustados como el dedicado por Antonio García Santesmases en *Ética, Política y Utopía* (Santesmases, 2001, 295-303). Sin olvidar el muy rico archivo sonoro que se conserva con entrevistas en las que se siente la cercanía de las confesiones cálidas y sinceras, o las escritas, como la concedida a Alfonso Moraleja, extensa y llena de matices: “Unamuno y la España de los vencedores. Una conversación con Carlos París” (Ribas, 2002, 245-258).

Estudiante en la posguerra.

Ha pertenecido Carlos París al grupo de edad de los nacidos cuando las reformas emprendidas por la Institución Libre de Enseñanza estaban en plena vigencia. También cuando eran muy leídos los escritores de la crisis de fin de siglo y la influencia de Ortega y su generación en la cultura española estaba en plena vigencia. Aunque no llega a la universidad sino tras la guerra civil,

² Recogía las ponencias del Congreso Internacional celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid los días 16 al 20 de noviembre de 1992 si bien publicado años después, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1997. Eso permitió incluir en las referencias bibliográficas las publicadas hasta esta última fecha.

todos esos nombres, fallecidos algunos, exiliados un buen número o ya fuera de la universidad como el propio Ortega, no solo no habían desaparecido, sino que su legado sirvió de fermento para los primeros impulsos de reforma que se comienzan a notar en los años cincuenta y, más claramente, en los sesenta. Con otro fenómeno no muy estudiado: la utilización de proyectos puestos en marcha por institucionistas, vueltos ahora del revés, desde las misiones y las colonias de verano, el estudio de la música popular, por poner algunos ejemplos rápidos, transmutados en campamentos de verano de la OJE, la Sección Femenina, etc. O resquicios como el Colegio Estudio, fundado en 1940 por Jimena Menéndez Pidal, que no solo servían para recordar un siglo de reformas educativas, sino que contribuían a mantener un foco de renovación frente al proyecto piramidal y monolítico impuesto en el campo del saber tras la guerra. Figuras como Javier Muguerza que formó parte del grupo de profesores en torno a Carlos París en la UAM no podrían entenderse sin conocer su paso por este proyecto educativo de herencia institucionista. Queda la revista *Aldebarán* (publicada en 1955) como testimonio y su cercanía a la revista *Ínsula* para dar cuenta de sus impulsos iniciales.

Difícil entender, sin esos rescoldos, alimentados bajo la superficie de las leyes vigentes y la práctica dominante, las iniciativas que tomó ya en sus años de estudiante y siendo profesor adjunto en la entonces Universidad Central en los años cuarenta. Marcaron una trayectoria dual y unitaria al mismo tiempo. Dual porque no era posible sustraerse a la organización planificada en el CSIC y la Facultad de Filosofía y Letras en esa década y el propio Carlos París se formó con los catedráticos que tomaron posesión en las obligadas vacantes tras los exilios y depuraciones. Fue su director de tesis Juan Francisco Yela Utrilla, miembro de la Falange por esos años.³ Mas el título y tema de la tesis marcaba la dimensión que mantendría la unidad de su trayectoria como filósofo, “Física y filosofía. El problema de las relaciones entre ciencia física y filosofía de la naturaleza”, que publicaría en 1952 con prólogo -bien significativo este puente- de Julio Rey Pastor, regresado por ese tiempo del exilio argentino. Asimismo, algunas iniciativas de esos años de formación marcaban una pauta que sería continuada: los contactos con Miguel Sánchez Mazas o José María Valverde y la temprana sensibilidad por Iberoamérica. De ello nos da cuenta con detalle en sus *Memorias sobre medio siglo. De la contrarreforma a internet* (París, 2006, 68 y ss.)

Catedrático en Santiago de Compostela.

Fue durante los ministerios de Ruiz Jiménez, Lora Tamayo y Villar Palasí cuando Carlos París ejerce en Santiago de Compostela (1951-1960); luego en Valencia, hasta su incorporación al grupo fundador de la Universidad Autónoma de Madrid en 1968. No es, pues, casual que en esos años tempranos dedicara textos importantes a Miguel de Unamuno y al propio Ortega y que no olvidara a Giner de los Ríos (al que dedica reflexiones importantes), o que escribiera artículos como el publicado en *Cuadernos para el diálogo*, bajo el título “La filosofía española en los últimos cincuenta años” (1964). O que fuera uno de los primeros lectores de Amor Ruibal, buen teólogo y mejor filólogo

³ Para una visión no neutral de la historia y de su intrahistoria de esos años en la universidad madrileña me remito al libro *La tradición de la intradición* (Méndez Baiges, 2021)

galleguista (de verdad), que luego han estudiado detenidamente José Luis Barreiro y otros historiadores del pensamiento gallego.

Bastante más joven que Ernesto Giménez Caballero, Dioniso Ridruejo y el propio José Antonio, su infancia, adolescencia y primera juventud transcurrieron ya bajo la influencia del movimiento falangista tal como era concebido en aquellos años previos a la guerra civil y que luego vivirá en la universidad de los años cuarenta y durante el periodo de Santiago de Compostela. Lo aborda en sus *Memorias sobre el medio siglo*, libro ya mencionado, en el epígrafe “El espejismo de la Falange”.

Esa influencia se solapa con la orientación que el catolicismo toma en la zona de los sublevados que convertirá la guerra en cruzada ya en 1937 y llevará a la firma del concordato en 1953 cuando Carlos París asume la dirección del Colegio San Bartolomé en la ciudad de Santiago de Compostela. Lo aborda bajo el epígrafe que titula “Las reliquias”. No es en absoluto desdeñable esta dimensión en la personalidad de Carlos París, persona que, años adelante, sería tan cercana al P. Llanos. Es un cristianismo con poca fe, pero con mucha esperanza y caridad, como él mismo confiesa, que seguramente tuvo un huequecito en su alma toda la vida, alimentado en línea oblicua de la ACNP, impulsada por Ángel Herrera Oria dominante en las décadas anteriores al Vaticano II, próxima a Joaquín Ruiz Jiménez y más flexible que el catolicismo integrista fijado en el concordato de 1953.

Es complejo reconstruir cómo fueron relacionándose, enfrentándose y disolviéndose algunas de esas influencias que reavivan aquella vieja tradición que desde Unamuno cuyo nombre figura en al menos una decena de títulos de su producción, incluido el más conocido de *Unamuno, estructura de su mundo intelectual* (1968), ya del periodo valenciano, llegaba hasta el humanismo de Luis Vives. Precisamente a Vives dedicó un artículo en 1962 (París, 1962, 235-264) y eso permitió a París conectar con las nuevas orientaciones que en Europa se reavivaron en el periodo de la guerra fría. Este perfil marca justamente el proceso que conforma la personalidad de Carlos París, hombre de su tiempo, como lo somos todos, mas con una conciencia profunda del sentido que el futuro tiene en la vida social.

Esa complejidad de orientaciones que confluyen en su formación hace de él una persona nada extremista. Lo contrario, en su obra se nota la tendencia al equilibrio o, como dirían los clásicos del humanismo renacentista, que recuperaron el concepto ciceroniano: se centra en la búsqueda de la recta razón, que Cançado Trindade, el magistrado del tribunal de La Haya, doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid, caracteriza como el ejercicio conjunto de “la justicia, la buena fe y la benevolencia”. “Tales principios –añade–, son *cogentes*, emanan de la conciencia humana y afirman ineludiblemente lo jurídico y lo ético.”

Quería subrayar aquí tanto la idea de “recta razón” en la cual el adjetivo precede al sustantivo, como su construcción a través de la acción recíproca de los principios que la conforman. Cuando se leen los escritos de Carlos París, desde los primeros *Física y Filosofía* (1952) o *Mundo técnico y existencia auténtica* (1959), título bien significativo como otros tantos, o su cercanía a Teilhard de Chardin, se percibe ese objetivo que se hace muy visible en sus escritos sobre educación.

No creo sea erróneo afirmar que una de las vetas de Carlos París como catedrático universitario y como ciudadano le vinculan con la vieja tradición humanista y utopista en el sentido que Carmen Rovira (Mora, 2021, 1-26), discípula de José Gaos ya en el exilio mexicano, interpretó como cercano a la orientación americana que Carlos París cultivó desde temprano en su relación con exiliados.

No es casual, pues, que París convergiera en la Antropología como filosofía, por un lado, y como ciencia social, por otro, tal como están organizadas ambas en la propia universidad. Es una herencia, al menos en buena parte, de Carlos París que cuando ofreció la lección inaugural del curso 1983-1984 el Departamento se denominara “Antropología, Ética y Sociología”.⁴ Es lógico que así sea en la educación como actividad institucionalizada social y políticamente, así como en su práctica en la relación profesor-estudiante pues en esa doble dimensión confluyen aquellos principios, al tiempo que la educación se convierte en vehículo de su construcción. De ahí la necesaria crítica cuando la institución universitaria no camina en esta orientación y así la ejerció París en numerosos artículos. No es, pues, gratuita la vocación como profesor de Carlos París y menos aún su continua dedicación a la reflexión y estudio de las bases sociales de la educación.

En la relación de Carlos París con la educación hay un primer nivel que podríamos decir nació en sus años de estudiante por algunas relaciones con compañeros “que buscaban nuevos caminos” y que ya hemos mencionado. Mas fue ya como profesor universitario en Santiago de Compostela, al ser nombrado director del colegio Mayor San Clemente, fundado por el obispo Juan de San Clemente en el siglo XVI, de ahí el nombre, cuando, en su contacto como director con los estudiantes, residentes o colegiales, comenzó a ofrecer ciclos de conferencias. Tenemos registrados todos los títulos que figuran en el archivo de la Universidad de Santiago de Compostela. Con solo repasar someramente esos títulos, se comprende el esfuerzo realizado por articular como unidad una realidad, que se le presentaba completamente escindida, entre los contenidos oficiales de la asignatura “Fundamentos de Filosofía”, que debía explicar en las mañanas, y las conferencias o publicaciones que figuran en el listado del Servicio correspondiente, del cual fue director el propio profesor París. A título de ejemplo valgan estos títulos del curso 1956-1957:

La idea de razón. Su crisis y revisión en el mundo actual, Universidad Menéndez Pelayo, 10 y 11 de agosto de 1956.

Idea del hombre: la salvación del hombre en el marxismo, 13 de septiembre de 1956.

La antropología de Unamuno, 15 de septiembre de 1956.

⁴ Se conserva en el expediente del profesor París un escrito firmado el 26 de noviembre de 1984 y dirigido al Director General de Enseñanza Universitaria en cuyo membrete figura como denominación del departamento la que se indica y cómo al desaparecer como materias del plan de estudios “Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos” “debió escoger nueva cátedra no existía más nombre que el de Antropología en los planes de estudio de filosofía, por lo cual a él responde su actual titularidad.” Si bien en este escrito solicita ser adscrito al área de Filosofía, en el plan de estudios ha figurado siempre una “Antropología Filosófica”.

Significado filosófico del Quijote, Círculo de artesanos de Santiago, 30 de octubre de 1956.

Amor y dolor de España. Curso de la Sección Femenina FET y JONS, 1 de noviembre de 1956.

El espíritu de la filosofía actual, Instituto de Pontevedra, 20 de febrero de 1957.

El hombre y la técnica. Escuela Naval de Marín, 4 de mayo de 1957.

Hacia una idea cristiana del hombre en el pensamiento actual, Colegio Mayor Padre Poveda de Madrid, 20 de mayo de 1957.

Y fue ya en esos años primeros, como joven catedrático, cuando comenzó su reflexión sobre la Universidad. En el archivo de la Universidad de Valencia (aunque pertenece al periodo en que era catedrático en Santiago de Compostela) se conserva el texto de la conferencia pronunciada en la 1ª Asamblea de las Universidades Españolas celebrada en Madrid, entre los días 11 al 16 de julio de 1953, bajo el título “Universidad y Sociedad”. En esa conferencia utiliza el término orteguiano de “Misión”, para remitirse a las que considera misiones básicas de la universidad:

la transmisión de conocimientos científicos, la habilitación para el ejercicio profesional, la impulsión de la investigación científica, así como la preparación para la misma, la formación completa de la juventud universitaria, la difusión de la cultura y la ciencia españolas unida al intercambio e incorporación extranjera y, finalmente, la orientación de la vida docente, cultural y educativa.

Para el logro de estas misiones, señala París las posibilidades que ofrecía la universidad de aquellos años y las posibilidades de mejora.

No olvidó Carlos París, en aquella temprana conferencia, referirse a la “función rectora de la universidad en la vida cultural”, para luego centrarse en aspectos tanto profesionales como culturales. Tampoco olvidó un epígrafe, titulado “Universidad, prensa y radio”, que le conducía a hablar de la extensión universitaria que luego tanto practicaría. E hizo lo propio al traer a primer plano la “acción sobre campesinos y proletarios”, tema al que dedica un muy interesante epígrafe, donde no duda en aludir a cuestiones antropológicas (incluido el estudio del folklore) y a la necesaria colaboración con instituciones locales, Ayuntamientos, Municipios o empresas privadas - señalaba ya Carlos París-, “interesadas directamente en tales problemas”. Concluía Carlos París sus reflexiones con el epígrafe, “La Universidad en la totalidad de la vida nacional”, en el que acentuaba la labor de mutuo conocimiento y trato entre la Universidad y los distintos organismos. Siempre acentuando esa dimensión de principios coagentes, a que aludíamos al comienzo, entre la universidad y la sociedad.

Aun tendría tiempo de asistir a la Conferencia Internacional de Universidades que, organizada por la asociación del mismo nombre, tuvo lugar en Estambul la segunda quincena de septiembre. Fue facultado como representante de la propia universidad y de España, junto con José Antonio Maravall. Así consta en el archivo de la Universidad de Santiago de Compostela, con cartas del propio Rector, Luis Legaz Lacambra, del ministro de Educación Nacional e incluso del Rector de la Universidad de Barcelona, Francisco de Buscaróns. Este congreso tuvo lugar en septiembre de 1955.

Años enormemente ricos, los de esa década incompleta, pasada en la Universidad de Santiago de Compostela, por sus complejas y ricas reflexiones y su visión abierta, que se materializó en publicaciones y conferencias impulsadas desde el Secretariado de Publicaciones. Intercambio Científico y Extensión Universitaria cuya dirección ostentó Carlos Paris. Solo a modo de ejemplo hemos señalado algunos títulos, pero la lectura de toda la memoria permite obtener un plano muy rico y abierto de las publicaciones impulsadas por una mente que establecía un puente con la España anterior a la guerra.

Desde esta temprana aportación pueden encontrarse cerca de veinte trabajos suyos, que tienen a la educación como tema central, sin contar con las colaboraciones en periódicos, que suman seguramente alguna docena más, así como indirecta o parcialmente, en otros muchos escritos. Por ejemplo, en la lección inaugural del curso 1983-1984, ya mencionada, hay doce páginas dedicadas a la “situación de nuestra universidad”.

Recuerdo aquí sus palabras, treinta años después de haberse celebrado la primera asamblea de las universidades españolas (julio, 1953), ya desde la Universidad Autónoma de Madrid, recogidas bajo el epígrafe, “Función insustituible de la Universidad en la vida cultural”, por lo que tienen de diagnóstico de su tiempo y de propuesta para el nuestro, y porque son la muestra de la continuidad, siempre atenta a la vigencia de su pensamiento en el mejor sentido orteguiano:

No es posible un proyecto de supervivencia y desarrollo colectivos sin potenciar lo más medular de la existencia humana: la cultura. (...) Pero es esencial en una cultura que aspire a ser algo más que un bazar y un reparto de preminencias el aliento de la creación científica, humanística, artística, el contacto con el incesante desarrollo universal de estos ámbitos y la aportación de nuestra originalidad personal a ellos. No es la Universidad sin duda el único taller en que estas tareas puedan y deban realizarse. Quizá incluso el día de mañana nos depare otras formas de organización más amplias y penetrantes en toda la vida social. Pero hoy, en nuestro presente, con todos los defectos y frustraciones que no he recatado, permanece la institución universitaria como motor imprescindible del dinamismo cultural.

Y fue bien consciente al traer como autoridad esta referencia:

Ya Giner de los Ríos en su intento de renovación de nuestra vida intelectual, comprendía esta necesaria función de una Universidad (con mayúscula en el texto) vinculada a la sociedad y animadora suya. La Universidad “llamada a levantar el alma de pueblo entero”, dirigida “hacia un tipo de vida cada vez más completo, no al adiestramiento de una minoría estrecha, presumida y gobernante..., una educación abierta a todos los horizontes del espíritu y a todas las clases”. Una Universidad convertida en potencia ética de la vida (París, 1983, 15-16).⁵

Intensos, complejos y muy ricos desde un punto de vista filosófico, y no menos en el ámbito de sus experiencias personales, tanto familiares como sociales por su implicación en la vida universitaria y social de la Galicia de aquellos años desde Santiago de Compostela. No por casualidad se cierran estos años con la publicación de *Mundo técnico y existencia auténtica* (1859),

⁵ Las frases de Giner están tomadas de “La Universidad española” y de “La idea de Universidad” (Giner, 1990).

título que acentúa su interés por la ciencia y la técnica, pero con el ser humano como finalidad para eludir cualquier “ismo” que pudiera desfigurar su orientación filosófica.

Y si bien estuvo alejado de aquellos primeros movimientos estudiantiles que tuvieron su inicio en torno al fallecimiento de Ortega en la Universidad Central con nombres que luego tendrían relevancia en la vida política de la transición, participó de su espíritu a través de la fundación de *Teoría* (1952) con Miguel Sánchez Mazas y cercano a las propuestas de nombres como Javier Muguerza, Enrique Múgica, Ramón Tamames o a la revisión que iniciaban escritores como Dionisio Ridruejo.

Los años valencianos.

Por concurso de traslado llega a la Universidad de Valencia para comenzar el curso 1960-1961. Era una de las tres universidades españolas que impartía la titulación de Filosofía en esa época. Comienza así un periodo muy importante para fortalecer su orientación hacia la historia de la ciencia por la cercanía con López Piñero quien obtuvo una agregaduría en la Facultad de Medicina para tal fin en 1965. Por el libro de Actas de la Facultad de Filosofía y Letras tenemos conocimiento de que los profesores Ubieta y Reglá propusieron crear una agregaduría de historia de la ciencia española que sería desempeñada por el Dr. López Piñero de la Facultad de Medicina, adscrita al departamento de Historia Medieval e Historia Moderna (sesión del 6 de mayo de 1966). Su actividad intelectual es muy intensa en estos años con una presencia muy fuerte en el diálogo filosofía-ciencia a través de la enseñanza, de conferencias y congresos en España, Francia, Italia y en Iberoamérica. No solo no pasó desapercibida la conmemoración del centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno, sino que contribuyó a acentuar su interés por el pensador vasco. De ahí nacieron un buen número de artículos y la publicación *Unamuno, estructura de su mundo intelectual* (1968), tan citado como reconocido, ya que la figura del rector salmantino adquiría esos años una dimensión simbólica muy fuerte.

Cuando le corresponda pronunciar la lección inaugural en el curso 1964-1965 la dedica al ser humano y comienza con estos párrafos que muestran ya un pensamiento maduro y una orientación plenamente reconocible:

Vamos a enfrentarnos, una vez ms, llamados por una vocación típica de nuestro tiempo, con el extraño misterio de nuestra propia realidad. Vamos a tratar de acercarnos al fondo de este enigmático animal llamado hombre. El bípedo implume, que dijeron los lógicos clásicos y gustaba de repetir Unamuno, que fabrica y utiliza instrumentos, habla, ríe, entierra a sus muertos, y hoy se lanza a los espacios para acusar sus rasgos de volátil desplumado. El viviente ensimismado, absorto y soñador de mundos fantásticos, desde los cuales regresa con redoblada energía para irlos haciendo realidad.

Son múltiples, evidentemente, las vías de acceso que podemos proponernos hacia este interior enigmático, cobijado por la corteza humana. La propia experiencia de nuestro ser, convertida en lectura fenomenológica. El testimonio histórico de nuestros productos culturales. Las leyes científicas de nuestra conducta. Y variadas las categorías desde las cuales es situable la problemática humana. Su religación a un fundamento absoluto, su relación con las categorías de lo espiritual, la razón o los valores. Pero un modo fundamental de acometida viene determinado por la problemática relación en que el hombre se encuentra con la naturaleza. Es decir, con la realidad inerte y

viviente que le circunda, y, al menos parcialmente, le constituye (París, 1964, 11).

No es casual que sus cuatro hijos, Inés, Ignacio, María Isabel y Matilde nacieran en la ciudad levantina. Fatalmente, su esposa Emilia Bouza fallecería en un terrible accidente.

La vertiente académica, como miembros de la Junta de Facultad, estuvo relacionada con los encierros que llevaron a cabo los estudiantes durante el año 1965 y siguientes y la posición de la Junta en contra de las medidas represivas, cuando Carlos París ejercía el cargo de Vicedecano. No he encontrado documentación, que pruebe la posición personal de Carlos París, pero sí la que institucionalmente adoptó la propia Junta a la que pertenecía el profesor París. El archivo histórico de la Universidad de Valencia conserva las actas de la Junta de Catedráticos y Junta de Facultad con la toma de posición ante estas medidas disciplinarias y la represión ejercida contra los movimientos estudiantiles, que abogaban por la supresión del SEU y por elecciones libres de representantes, por lo cual hubo varias manifestaciones. En ellas se manifiesta el apoyo a los movimientos renovadores y se apuesta por el diálogo frente a las medidas represoras. Faltaría revisar la prensa valenciana de esos años para estar más seguros.

Estos años acentúan su apuesta. Son, pues, años de luces, movilizaciones por la renovación de la enseñanza y por la propuesta institucional de algunos cambios estructurales en la organización universitaria con la constitución de los departamentos, siendo ministro Manuel Lora Tamayo. Incluso se cambió del nombre del Ministerio de Educación Nacional por el de Ministerio de Educación y Ciencia. Fueron reformas iniciales importantes que anticipaban un crecimiento importante en el número de estudiantes, pero siempre con las sombras proyectadas por las limitaciones impuestas por la dictadura desarrollista de esa década, como la denomina Nicolas Sesma (Sesma, 2024).

Y no estuvieron ausentes sombras más profundas ya que los movimientos estudiantiles conllevaron la expulsión de Aranguren, García Calvo y Tierno Galván y la temporal de Montero Díaz y Aguilar Navarro... Se conserva un largo escrito bajo el título "Informe para los Rectores de las Universidades de los alborotos estudiantiles en los últimos días", en el que se da cuenta de las sanciones aplicadas a los profesores mencionados y se apercibe de la posición, que las universidades pudieran adoptar ante los "alborotos" estudiantiles. Me parece especialmente interesante y significativa del giro, que se estaba produciendo, en intelectuales que habían estado en la órbita de las contrarreformas de los años cuarenta. La carta de Pedro Laín, de la que recojo este párrafo, así lo muestra al referirse expresamente a la "depuración" sufrida por catedráticos y, añadiríamos, maestros y otros profesionales:

a los veinticinco años de la drástica depuración del cuerpo docente universitario que subsiguió a nuestra guerra civil cinco catedráticos de universidad han sido objeto de sanciones graves por razones formalmente disciplinarias y realmente políticas.

Ya en 1991 sería distinguido como *doctor honoris causa* por la universidad valenciana. En la *laudatio* Carlos Mínguez con quien publicaría un excelente libro de texto de Filosofía para Bachillerato (1977), ya mencionado, resaltó la renovación de la filosofía en la universidad valenciana:

La incorporación del Prof. Carlos París a aquella Facultad no sólo proporcionó nueva vida a los estudios de filosofía, sino que transformó la especialidad en un oasis refrescante, frente a una anacrónica escolástica que regía los estudios en España. Sin duda, otros profesores que se incorporaron por entonces a esta Universidad colaboraron con notable empeño en tal despliegue, pero Carlos París constituyó un brillante punto de referencia para el trabajo y la discusión filosóficos, prestando en ese momento especial interés a la viva relación entre ciencia y filosofía, aun antes de que el neopositivismo, con retraso, se introdujera en nuestro país con el señorío de la moda.

Tres obras ya publicadas avalaban la expectativa con la que el Profesor París fue recibido: *Física y Filosofía* (1953), *Ciencia, conocimiento, ser* (1957) y *Mundo técnico y existencia auténtica* (1959). En el prólogo de la primera de las obras, el insigne matemático Julio Rey Pastor la califica de “*pedra miliaria en el evidente avance de la cultura hispanoamericana* (Mínguez, 1991, 1).

La construcción de una universidad: la etapa madrileña.

Para ese tiempo Carlos París cumplía algo más de dos décadas en Madrid. El traslado se produjo en 1968. Formó parte del grupo de profesores que puso en marcha la Universidad Autónoma de Madrid, fundada junto con las gemelas de Barcelona y la refundación del Estudio que había en Bilbao, hoy Universidad del País Vasco, cuando se incentivó su interés por los temas educativos. Al fundarse la UAM (1968-1969) se incorpora a ella en comisión de servicios siendo contratado como Catedrático Numerario de “Filosofía y Metodología Científica en la Facultad de Ciencias Económicas y como Catedrático Numerario de “Fundamentos de Filosofía” en la Facultad de Filosofía y Letras.

Vino simultáneamente a la Facultad de Filosofía y a la Facultad, creo entonces llamada “Políticas, Económicas y Comerciales”. Fue con Villar Palasí como ministro. Ya han sido recordados algunos de los nombres más importantes de aquellos años fundacionales en el edificio cercano al Retiro antes del traslado al campus de la periferia madrileña, en el curso 1971-1972. Con Sánchez Agesta como presidente, Artola en Historia, Fernández Galiano en Clásicas entre otros nombres. No puede olvidarse a Nicolás Cabrera, pues a un jovencito que venía de Segovia le dio una lección de humanidad y modestia, que no ha olvidado nunca. Poco después llegaría Pedro Martínez Montávez, luego Ramón Tamames, un poco después Elías Díaz... por citar algunos nombres de primera hora, que marcaron una impronta en la universidad que se encamina hacia sus sesenta años de vida.

La doble pertenencia inicial a ambas Facultades es bien significativa en la trayectoria del profesor París en ese intento por dar unidad a las tres dimensiones que configuran el ser humano: el necesario aprendizaje de las técnicas que nos ayudan a resolver problemas, el aprendizaje de información que nos permite superar las encrucijadas, digámoslo en sentido cervantino, y los valores morales que proyectan sentido a nuestras vidas. Por ello, recordar de nuevo el concepto de recta razón no es gratuito para entender bien la trayectoria personal y profesional de Carlos París. Su nombramiento como director del Instituto de Ciencias de la Educación (1969-1972) fue determinante en esta etapa, ya de madurez, porque se acrecentaron sus intervenciones y sus análisis sobre la educación en todos sus niveles. Esas tres dimensiones a que antes me refería encuentran su radical unidad en la educación. Si, como hemos dicho, París siempre se sintió profesor y no dejó

de reflexionar sobre la función de las instituciones educativas, este nombramiento le puso en contacto con el movimiento de renovación de las ciencias sociales, que se había iniciado en esos años gracias a los viajes a países europeos de profesores de las generaciones más jóvenes y, en el caso de París, incrementados con los realizados también a América. La renovación de la Psicología y de la Sociología tuvo un proceso acelerado y ello conllevó la propia renovación de la filosofía, marcando un diálogo que luego se modificó por la influencia de la corriente positivista, que llegaba tardía en esos años finales del franquismo. Creo que Carlos París abogó por ese diálogo, junto con José Jiménez Blanco, Carlos Lerena, Alberto Moncada, los textos de Francisco Ayala que comenzaban a llegar a España, el brasileño Fernando Azevedo y varios sociólogos más. También la recuperación del psicoanálisis, del conductismo skinneriano (a quien no siempre se leyó del derecho, a veces se hizo del revés), la psicología evolutiva de Piaget, a quien se redescubría cuando había habido maestros de escuela españoles que le habían escuchado en Ginebra ya en los años veinte...

Los congresos que sobre educación organizó el ICE de la Universidad Autónoma tuvieron un alto nivel. Allí nació la revista *Tarbiya*, aunque viera la luz bastantes años después, bajo la dirección de Fernando Arroyo. Estaba a punto de ser publicada la Ley General de Educación, que incorporaría la formación de los maestros a la universidad y traería cambios importantes, aunque la camisa de esos años finales del franquismo, bastante tensos como es bien conocido, se quedaba más que estrecha para los cambios que la educación necesitaba. Varios departamentos de la UAM, entre ellos el de Filosofía, fueron víctimas de esos botones que se saltaban. El propio Carlos París también lo fue.

Fue, pues, en este marco en el cual Carlos París publicó dos de sus textos más importantes sobre educación, fruto de una preocupación que no abandonó. Ahí están para ser leídos y releídos decenas de artículos en revistas, en prensa y en una labor permanente de contacto con estudiantes y personas del mundo de la cultura que terminaron por llevarle a la dirección del Ateneo y conectar así con aquella tradición del XIX, renovada en el XX junto con las Universidades Populares.

Sería, en primer lugar, cuando escribiera el libro más maduro de estos años a propósito de los temas educativos. Tras el título *La Universidad española actual*, el subtítulo calcaba el título de la anterior publicación: *Posibilidades y frustraciones* (1974). Entre uno y otro estaba la experiencia vivida en la propia universidad y, más concretamente, en el departamento de Filosofía pues, como hemos dejado indicado, nunca se echó a un lado. Por ello lo dedicó a

Los compañeros del Departamento de Filosofía, excluidos de la vida universitaria en la Universidad Autónoma de Madrid. Con ellos, a todos los talentos perdidos para nuestra universidad y nuestra cultura. En el empeño de una Universidad libre, abierta a todas las fuerzas creadoras de España, digna de nuestro pueblo. En la segura esperanza de su realización (París, 1974, dedicatoria).

Toda la primera parte es un estudio histórico detallado de la evolución de la universidad en España, que muestra el buen conocimiento que Carlos París tenía de la historia de España hasta llegar al tiempo presente en que, con

Ortega como referente cercano, no deja de exponer las que considera insuficiencia del discurso de su predecesor en la relación entre conocimiento generalista y especialista, entre élites y cultura popular, universalismo y localismo. A cada uno de estos problemas dedica su apartado correspondiente muy detallado en cuyo trasfondo no deja de verse el espíritu institucionista que representaron maestros de escuela, escritores como Machado y su Juan de Mairena, en la construcción de la que París llama “La ciudad cultural” (París, 1974, 37). Muy interesante es esta sensibilidad de Carlos París como hombre que se sintió heredero de las generaciones de ese periodo, conocido como “Edad de Plata”, a diferencia de la conocida como generación de 1948 de corte integrista que renegó del periodo anterior a la guerra, y de la que accede a la universidad en los primeros años democráticos. Alberto Ruiz Samaniego y Miguel Ramos, editores de *La generación de la democracia. Nuevo pensamiento filosófico en España*, señalan en el prólogo que el ambiente reinante “contribuyó, sin duda, a aumentar el idiosincrático anhelo de buscar fuera lo que no se podía encontrar aquí” (Samaniego, 2002, 17).

Carlos París, desde su sensibilidad en Santiago de Compostela por Amor Ruibal, luego acrecentada en Valencia con los trabajos de López Piñero, con sus tempranos viajes a América y el encuentro con exiliados, así como las lecturas de Unamuno y Ortega y Gasset, que fue completando con su acercamiento a la figura de Giner de los Ríos a lo largo de esas décadas prolongadas hacia Luis Vives y Cervantes, le llevaron a impulsar esta línea de investigación y enseñanza con sensibilidad por el pensamiento español en la propia Universidad Autónoma.⁶ Diego Núñez, procedente también de Valencia, y Pedro Ribas, que venía de Salamanca y había cursado esta materia con el muy conservador Guillermo Fraile, fueron los primeros discípulos-profesores en desarrollar este proyecto a través de una materia curricular, *Historia del pensamiento español*, que encontró en el pensamiento iberoamericano su desarrollo natural, así como el impulso para la realización de tesis doctorales y un programa de posgrado.⁷

⁶ En la entrevista ya mencionada con Alfonso Moraleja ante la pregunta “¿En qué medida cree usted que es legítimo hablar de algo llamado “Pensamiento español”? Respondió: *Si entendemos la expresión “Pensamiento español” en el sentido de que los pueblos tienen un pensamiento propio y diferenciado, como compartimentos estancos, en ese sentido yo lo negaría. Somos ante todo una comunidad humana y el pensamiento tiene que ser también un pensamiento universal. Entiendo por “Pensamiento español” aquel pensamiento que se ha desarrollado en España, sabiendo que en cada país el pensamiento ha tenido sus condicionamientos y características propios, y de esta manera, es importante ver cómo han evolucionado las ideologías en España y los problemas de nuestra cultura. El “pensamiento español” no debe ser visto como la expresión de un espíritu especial o privilegiado, sino como una parte del pensamiento universal.* (Ribas, 2002, 247).

⁷ En 1964 París publicó “La filosofía española en los últimos cincuenta años”, *Cuadernos para el diálogo*, 9, pp. 6 y ss. Es bien conocido que Diego Núñez defendió su tesis bajo la dirección de Carlos París en 1973: “La mentalidad positiva en España”. Formaron parte del tribunal junto al profesor París, José Antonio Maravall, José María Jover, Miguel Artola y José María López Piñero. Madrid, Tucur, 1975. Segunda edición: Universidad Autónoma de Madrid, 1978. Pedro Ribas, por su parte, después de ver rechazada su propuesta en otra universidad, al no ser considerado Unamuno filósofo, realizó también su tesis bajo la dirección de Carlos París con el título “Unamuno y la filosofía alemana”, que inició una línea de investigación continuada a lo largo de los años.

Dedica Carlos París, después, un estudio igualmente detallado a la universidad que él mismo había vivido como estudiante y catedrático durante la posguerra, incluida la Ley de Organización Universitaria de 1943 para, en las dos últimas partes del libro, centrarse en la reforma educativa de Villar Palasí a la que había dedicado el artículo antes mencionado y en los problemas reales del alumnado que estaba en expansión y del profesorado en esos años, ya muy finales del franquismo, con propuestas concretas que la nueva universidad llevó a cabo en los años siguientes, ya con Martínez Montávez como Rector, tras el mandato de Gratiano Nieto, y Carlos París como decano de la Facultad de Filosofía y Letras. No se olvide que sus propuestas iban siendo hechas en un marco comparativo con universidades importantes de los países europeos.

Termina su libro con esta reflexión:

¿Nos encaminará el futuro de la Universidad y la sociedad española hacia ese modelo utópico? ¿hacia la constitución de centros de pensamiento libre y crítico que vivifiquen el progreso y la transformación de nuestra patria? Es de suponer, a menos a largo plazo, que sí. No ya por razones de optimismo subjetivo esperanzado, sino por la confianza en las fuerzas racionales y positivas que en la evolución española constantemente maduran. Pero ello implica una acción que apresure temporalmente el alcance de este ideal. (París, 1964b, 184)

En segundo lugar, dos años más tarde publica el artículo, incluido en el n. 23 de la *Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada* (1976), que tituló “Realizaciones y frustraciones de la reforma educativa”, cuando LGE estaba ya desarrollada. Por cierto, en ese número publicó también Eloy Terrón quien había defendido su tesis doctoral: *La importación de la filosofía krausista en España*, dirigida por Santiago Montero Díaz, ambos afines al propio Carlos París. En la misma línea de estas reflexiones está la parte preliminar de la lección inaugural del curso 1983-1984, como ya indicamos, publicada por la propia universidad.

Resaltemos tan solo algunas ideas. El artículo de la *Revista de Estudios Sociales* es un muy pormenorizado estudio de la LGE. Lo hace, en primer lugar, sobre las motivaciones que la hacían necesaria: “larga deficiencia estructural del aparato educativo”, la paralización que había sufrido la creación de escuelas e institutos, la ineptitud, cuando no contradicción, del sistema educativo para los cambios que se estaban produciendo en los años sesenta, algunos muy importante como la ley de estabilización económica apoyada desde Estados Unidos para el sur de Europa y buena parte de América Latina. Pasa, después, a estudiar las limitaciones de la propia LGE: planteamiento no democrático, la necesaria reforma completa del Estado, tanto desde el punto político como económico que exigía una reforma fiscal que quedó pendiente o la reducción a un plano puramente tecnocrático de la orientación que dejaba intocados los principios doctrinales y políticos; asimismo, el mantenimiento del Estado confesional que se traducía en la libertad de la Iglesia para crear centros. Finalmente, dedica un largo apartado a estudiar las líneas de la Ley en su puesta en práctica, la división de la enseñanza en EGB, BUP, incorporación de la formación de maestros a la universidad, creación de las diplomaturas, extensión de la educación obligatoria hasta los catorce años, las figuras del profesorado y las

posibilidades conferidas a los ICEs que gozaron de una mayor autonomía que las propias Facultades.

Más, sobre esta apertura, Carlos París abordaba las razones que llevaron a que “en el campus universitario la reforma resultara desbordada, tanto por la derecha como por la izquierda”. La propia UAM, el departamento de Filosofía en concreto, pero también otros, son hijos, en sus años iniciales, de estas tensiones con una doble cara. Los profesores más veteranos las conocen bien y los más jóvenes son herederos de una u otra manera de aquellas puertas que se abrían y cerraban y se volvían a abrir hasta que el sistema democrático hizo posible la elección de decanos, del rector, etc. Pero hay un trasfondo que atañe al desarrollo que la filosofía como disciplina ha tenido en la Universidad Autónoma de Madrid, que la situó en un diálogo permanente con las ciencias sociales y naturales y con la realidad social y política de España en su contexto internacional, tanto europeo como americano. La figura de Carlos París es clave para entender este proceso y hasta para conocer la organización administrativo-académica de la propia Facultad de Filosofía y Letras. París fue decano al menos el bienio 1978-1980 y director del Departamento que tuvo diversos nombres. No es fácil precisar con detalle los años concretos, pero puede realizarse una aproximación. En los primeros años ochenta el departamento figura como “Antropología, Ética y Sociología” y Carlos París fue su director excepto el periodo en que sufrió las represalias y fue clausurado. En escrito de 17 de noviembre de 1972 se señala que queda en suspenso como director del Departamento de Filosofía. Firma el Rector que le conmina a que dé cuenta de los profesores que no asisten a sus clases. De no ser así se cerrará el departamento y se buscará el Profesorado necesario para la reapertura.

Tenemos escritos de nombramientos: 1968-1970 como Director del Departamento de Filosofía y Metodología Científica en la Facultad de Ciencias Económicas; 1968-1979 Director del Departamento de Filosofía; 1 de abril de 1979 hay escrito nombrándole Director del Departamento de Antropología, Ética y Personalidad (sic); 1979-1986 Director del Departamento de Antropología, Ética y Sociología; del 5 de diciembre de 1984 hay un escrito en el que se hace constar el cambio de Antropología Filosófica por Filosofía; 1 de diciembre de 1986, nombramiento como Director del Departamento de Filosofía; de 1985 hay un escrito que da cuenta de su nombramiento como director del Departamento desde su incorporación a la UAM, excepto el periodo en que fue decano. Aparte la dificultad de reconstruir con total precisión estos datos, los escritos dejan constancia de que la figura del catedrático Carlos París fue el centro del funcionamiento de la Filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid desde su incorporación hasta la jubilación en 1990. Fue nombrado entonces profesor emérito, condición en la que permaneció hasta 2003 con sucesivas renovaciones bianuales.

Así pues, la posición de Carlos París en relación con las reformas educativas iniciadas en los primeros setenta y continuadas en los años siguientes tuvo esta doble dimensión: reflexiva de una parte y de implicación personal de otra. Interesante leer hoy el apartado de conclusiones de aquellos escritos para conocer bien cuál era ya en 1971 su posición política en el análisis de las estructuras educativas: “Es forzoso concluir que solo el socialismo -escribía

Carlos París- puede ofrecer el marco adecuado para el desarrollo educativo y científico de nuestros pueblos.”

Estamos a cincuenta años de aquellas esperanzas. Nos hallamos, pues, en condiciones de saber el grado de su cumplimiento. Mas, también, es tiempo de renovar la esperanza que Carlos París manifestaba en el último párrafo de su libro citado más arriba. Muchos estudiantes y profesores de la Universidad Autónoma han sido hacedores de aquellas ilusiones.

Sin duda, la educación fue el núcleo de su reflexión por cuanto el desarrollo de la nueva filosofía alimentada por el desarrollo de las ciencias sociales fue el eje de la universidad en aquellos años. Su evolución hacia la actividad política, su militancia en el PCE y la dedicación al Ateneo en años ya maduros es un proceso natural en la biografía de Carlos París. Basta dar un repaso a su producción científica para ratificarlo.

Mas podemos señalar que la actividad de Carlos París en la década de los ochenta y noventa, incluidos sus años como profesor emérito, abarcó la totalidad de las referencias que incluye la filosofía en los tres niveles ya indicados con anterioridad. Lejos de olvidar el flanco cercano a la ciencia y la técnica este apartado ocupó buena parte de su interés. Baste recordar su temprano capítulo “Ser y evolución” que formó parte del libro coordinado por Crusafont, Meléndez y Aguirre, *La evolución* (1974); o *Crítica de la civilización nuclear* (1985); y *Ciencia tecnología y transformación social. Escritos seleccionados* (1992). Otros muchos podríamos mencionar aquí de la colaboración con Alfredo Deaño, con José Luis Zofío o con Javier Ordoñez, desde su incorporación a la UAM (1979), que fortaleció el cultivo de la Lógica y de la Historia de la Ciencia; o con Ubaldo Martínez Veiga, puente con el área de Antropología Social y la Antropología Filosófica, como apuntamos con anterioridad, a propósito de los cambios en la denominación del propio departamento, y en la cual Tomás Pollán es el nombre de referencia.

Pero no debe olvidarse su sensibilidad por la creación literaria y el arte que impulsó la reflexión sobre la Estética que ha continuado José Jiménez. Se conservan en su hoja de servicios las notas de un proyecto de investigación, de los cursos 1997-1998 y 1998-1999, que darían lugar a un libro ya en plena madurez: *Fantasías y razón moderna: Don Quijote, Odiseo y Fausto* (2001). Se proponía Carlos París investigar

el modo en que la imaginación, tanto literaria como mítica, y el pensamiento conceptual *interactúan* y se complementan, examinando las lecturas e interpretaciones que de estas tres grandes figuras se han hecho. Pero, de un modo más concreto, se trata de replantear el problema de la modernidad y, dentro de ella, la racionalidad técnica, científica y administrativo-organizativa a través de estas tres figuras.

Que él mismo escribiera sus *Memorias de medio siglo* (2006) o que se hubiera adentrado en el género novelístico en 1981 escribiendo *Bajo constelaciones burlonas* nos deja claves de su pensamiento que mantienen vigencia.

Este proyecto venía a completar una reflexión filosófica que anudaba una trayectoria que, vista desde hoy, se percibe dotada de una complejidad que necesita una mentalidad alejada de cualquier dogmatismo o de concepciones excluyentes, así como de concepciones elitistas, tan propias de aquellos años setenta y ochenta para valorarla en su justa medida. Ya en 1978 había

publicado, con una visión anticipadora, *El rapto de la cultura*, que abordaba el tema de la pluralidad:

Porque triunfa, se impone, también en profunda unidad con este respeto al pluralismo, la voluntad de comunicación. No se trata, en efecto, de salvar la mera subsistencia de universos separados. En que las realidades de la compleja sociedad humana permanezcan fronteras, coexistentes, pero herméticas. Sino de conseguir una mutua apertura vitalizadora. De penetrar en un diálogo, cuya obertura ya suena. El diálogo entre las culturas viene siendo, ciertamente, preocupación inevitable de nuestro tiempo (París, 1983, 17).

Como ha dejado escrito Antonio García Santesmases, no apostó Carlos París por una defensa de las “minorías egregias como conductoras de masas invertebradas”, pero sí por recordar que existe una tensión entre ética y política. Para París

las alternativas políticas dentro de la sociedad industrial avanzada, los poderes que se contraponen, no ponen en cuestión la lógica global. El poder se siente seguro de sí mismo y sabe que preside un universo unidimensionalizado. No es, pues, que París glorifique los elementos ético-educativos y minusvalores la realidad del poder a la hora de articular proyectos de transformación social. No estamos ante una recaída en ese intelectual español que París ha analizado críticamente, pero tampoco en una asunción de sano realismo que olvide como se ha conformado el Occidente actual (Santesmases, 2001, 301).

Por ello, Carlos París atendió al estudio de todos los mecanismos científicos, culturales o de la naturaleza que fueren, para que nos ayuden a desvelar las formas que crean esa “lógica global” que impide la apuesta por conseguir la liberación, necesitada de culturas que eviten el rapto por parte de las minorías. Era sustancial que el universo filosófico resultara más abierto a las dimensiones sociales, tanto de la ciencia como del hombre en general, tal como caracteriza la obra de París el *Diccionario de Filosofía Contemporánea* (Quintanilla, 1976, 366).

En definitiva, la obra de Carlos París, y su propia trayectoria personal como filósofo y maestro de filósofos, se afaná con extrema dedicación a esta tarea para evitar que la filosofía quedara encerrada en el gabinete por más que su cultivo exigiera del máximo esfuerzo. La puesta en práctica de los seminarios de profesores y estudiantes en el departamento, que el propio París nos confiesa que duraban horas, venía a cumplir esta misión grupal que hiciera imposible una posesión en exclusiva del conocimiento. La educación consiste en la reciprocidad que cultivó a lo largo de su vida, tanto en la vida académica, como en la proyección social complementaria de la universitaria.

Bibliografía:

García Santesmases, Antonio (2001). “Carlos París y la política”. En *Ética, Política y Utopía*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Giner de los Ríos, Francisco (1990). “La Universidad española” y “La idea de Universidad”. En *Escritos sobre la Universidad Española*. Edición de Teresa Rodríguez de Lecea. Madrid, Austral.

Méndez Baiges, Víctor (2021). *La tradición de la intradición. Historias de la filosofía española entre 1843 y 1973*, Madrid, Tecnos.

Mínguez, Carlos (1991). “*Laudatio*”. *Investidura como “Honoris causa” por la*

Universitat de Valencia de Carlos París. 25 de enero, 1991, Universidad de Valencia.

Mora, José Luis (2021). "Carmen Rovira Gaspar, historiadora del Pensamiento Mexicano. Convicción, constancia, compañerismo". *En-claves del Pensamiento*. México, Instituto Tecnológico y Estudios Superiores de Monterrey, 30, julio-diciembre.

París, Carlos (1952). *Física y Filosofía*. Madrid.

París, Carlos (1959). *Mundo técnico y existencia auténtica* (1959). Madrid, Guadarrama, colección "Cristianismo y hombre actual".

París, Carlos (1962). "Vives y la formación del saber moderno". *Anales de la cátedra Francisco Suárez*, 2.

París, Carlos (1964). "Hombre y naturaleza. Lección inaugural del curso 1964-1965 en la Universidad de Valencia". *Anales de la Universidad de Valencia*, vol. XXXVIII, Cuaderno 1.

París, Carlos (1964b). "La Filosofía española en los últimos cincuenta años". *Cuadernos para el Diálogo*, 9 de junio.

París, Carlos (1968). *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*. Barcelona, Península.

París, Carlos (1974). *La universidad española actual: posibilidades y frustraciones*. Madrid, Ed. Cuadernos para el Dialogo, Edicusa.

París, Carlos y Mínguez, Carlos (1977). *Filosofía*, 3º de BUP. Madrid, Anaya.

París, Carlos (1978). *El rapto de la cultura*. Madrid, Mañana. (Barcelona, Laia, 1983).

París, Carlos (1981). *Bajo constelaciones burlonas*. Madrid, Nuestra cultura.

París, Carlos (1983). *Lección inaugural del curso académico 1983-1984*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.

París, Carlos (1987). "Carlos París. Los proyectos sociales de la cultura científica. Visión crítica". *Anthropos*, n. 77, Barcelona.

París, Carlos (2001). *Fantasías y razón moderna: Don Quijote, Odiseo y Fausto*. Madrid, Alianza Editorial.

París, Carlos (2006). *Memorias sobre medio siglo. De la contrarreforma a internet*. Barcelona, Península.

Quintanilla, Miguel Ángel (Ed.) (1976). *Diccionario de Filosofía Contemporánea*. Salamanca, Sígueme.

Ribas, Pedro (coord.) (2002). "Unamuno y la España de los vencedores. Una conversación con Carlos París". *Cuaderno Gris*, época tercera, n. 6. Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid.

Ruiz Samaniego, Alberto y Ramos, Miguel (Eds.) (2002). *La generación de la democracia. Nuevo pensamiento filosófico en España*. Madrid, Tecnos.

Sesma, Nicolás (2024). *Ni una, ni grande, ni libre. La dictadura franquista*. Barcelona, Editorial Crítica.